

J. A. OSORIO LIZARAZO

LA HUMANA DENSIDAD DE UN NOVELISTA

Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO

No será posible, cuando se escriba imparcialmente la historia de la novela colombiana contemporánea, prescindir de colocar en primera fila el nombre de José Antonio Osorio Lizarazo. Su obra dilatada y sincera, estructurada y por lo mismo sólida, trabajada minuciosamente, ahora que el escritor ha entregado a la tierra su envoltura mortal, irá tomando forma en la conciencia de sus compatriotas para más tarde superar nuestras fronteras hasta llenar el sitio que le corresponde en el panorama americano.

Pocos escritores en estos países de habla castellana han debido sortear las dificultades de nuestro gran novelista. Desde cuando se inició en las tareas del periodismo, publicando en libro sus primeras crónicas bajo el título "La Cara de la Miseria", hasta su triunfo final con la novela "Camino en la Sombra", ganadora del premio Esso, correspondiente a 1963. En treinta años de labor literaria, nadie fue tan fiel a su vocación, pese a las adversidades que le proporcionó nuestro cerrado medio. Veinte títulos publicados y diez inéditos subrayan la fecundidad del pensamiento de este hombre que no dejó en el papel nada que no hubiera sido plenamente sentido, producto de sus experiencias vital y amasado con sales de la propia tierra.

La temática de Osorio Lizarazo fue atacada por quienes no desean que la literatura aboque temas que puedan provocar el desasosiego. Es más cómodo copiar asuntos de otras latitudes y tejer argumentos sobre bases nada acordes con la realidad. En una palabra, dar la espalda a cuanto ocurra en rededor nuestro. En los libros de Osorio Lizarazo están los humildes, sus compañeros de lucha en los años de batalla que fueron los sesenta y cuatro de su tránsito terrestre. Su pluma de combatiente no podía mojarse en las mismas tintas que usan los que nacen con chequeras bajo la almohada y por lo tanto desconocen el hambre, la desnudez y las metas que esos caminos señalan. Cada línea de su extensa obra tiene nombre propio, escribió con sangre y el espíritu no puede ser abatido indefinidamente por la mediocridad, la trampa y la simulación. Por eso sabía, aunque jamás lo dijera, que su obra le sobrevivirá.

En "El Hombre bajo la Tierra", "La Cosecha", "El Día del Odio", "Hombres sin presente", "El Pantano", etc., es la nación colombiana la que se pasea a lo largo y ancho de esas páginas. Pero desmenuzada sin piedad y estudiada con delectación de anatomista, porque conocía como pocos los grandes defectos y las enormes virtudes de nuestro pueblo y en retratarlas empleó su vida. Nuestra narrativa experimentó al aparecer los libros de Osorio Lizarazo, un fuerte impulso; desconocidos aires se le sumaron y una savia diferente hizo irrupción en nuestra literatura. Era la influencia de los maestros rusos de los cuales Osorio fue un fiel discípulo. Hay que señalar al autor de "Crimen y Castigo" quizá como el que mayor huella dejó en el espíritu y en la prosa del escritor que en los grandes diarios colombianos y en los volúmenes que circulan por nuestros países, así no se les mencionen, palpó certeramente los problemas todos que afectan las tres capas sociales y propuso soluciones que no fueron oídas en su hora, pero que inexorablemente tendrán cumplimiento, porque el proceso temporal así lo impone.

Un examen minucioso de las novelas de nuestro compatriota, permite afirmar que nada tuvo que envidiarles a Rómulo Gallegos, a Jorge Icaza o a Ciro Alegría, a no ser la facilidad que los citados escritores encontraron para hacer circular sus producciones por todos los rincones del globo, en ediciones caudalosas, proyectándose en "americanidad" para usar un vocablo de buen recibo en estos días. Tierra americana nutre a Gallegos, a Icaza y Alegría, razón de sus éxitos, lo mismo que a Osorio Lizarazo, y esto, paradójicamente, fue lo que hizo que se limitara el horizonte de nuestro compatriota.

La técnica de la novela pocos la conocieron y manejaron como el escritor bogotano. En sus libros los personajes tienen vida propia, son seres vivientes que hacen con el lector el viaje que el autor señala, cumpliendo todos los actos que la criatura ejecuta en su diario discurrir. El estilo directo, claro, supo captar lo que deseaba, sin adornos retóricos.

Pero ocurre que en este país se supeditan los méritos intelectuales, el talento de los individuos, a sus actuaciones personales. A nadie se le perdona determinado paso, y es motivo para negarle todo mérito. Es posible que lo mismo ocurra en otros sitios y a lo largo de la historia tengamos ejemplos a granel. Pero nunca como en Colombia. Es cierto que a muchos de los grandes talentos les sucedió cosa parecida, y fueron sepultados sin que nadie supiera de sus calidades mentales, para años más tarde surgir con perennidad histórica. Eso pasó con José Antonio Osorio Lizarazo, y sus libros mañana serán objeto de grandes ediciones para ganancia de los sucesores de quienes hoy lo niegan. Su patria le cerró por largo tiempo las puertas que a otros generosamente se le brindaron; vislumbró un rayo de esperanza casi en el instante mismo en que su cuerpo magro, castigado física y moralmente, cayó en los brazos abiertos de sus contados amigos.

Cuando no queden ni rastros de los capitalistas del odio, cuando las olas del tiempo hayan barrido las resacas de la meditada incompreensión, entonces, y solo entonces, brillarán con luz propia, alcanzando la difusión merecida, exhibiendo el vigor todo con que fueron escritas, las páginas humanas, terriblemente humanas, vigorosamente humanas, del angustiado y poderoso novelista.

UN CAPITULO DE "CAMINO EN LA SOMBRA"

NOVELA DE J. A. OSORIO LIZARAZO

GANADORA DEL PREMIO "ESSO" 1963

— X —

Un día, algunas semanas más tarde, bajó un carbonero por la calle de las Huertas, el rostro sucio, el cuerpo cubierto de harapos, y se detuvo a la puerta de la tienda, ofreciendo su mercancía:

—¿Compra el carbón su merced?

—Muestre, a ver —respondió Betulia perezosamente desde su lugar habitual—. ¿Es de troncos o cisco?

—Puede verlo su merced.

—Entrelo acá, que yo no salgo a la calle.

El carbonero penetró en la tienda y descargó su saco junto al mostrador, produciendo una nube de polvo negro. Y aproximándose a Betulia murmuró:

—¿Su merced es la señorita Betulia?

Ella respondió afirmativamente.

—¿Y esta es la tienda de mi señora Rosario?

—Pues sí —respondió mansamente Betulia—.

—Entonces no estoy equivocado —agregó el carbonero—. ¿Me vende su merced un traguito de aguardiente? Vengo reseco.

Con su habitual parsimonia, Betulia le sirvió el licor. El hombre alzó la cabeza, como si mirara al cielo, para que el áspero líquido resbalase con facilidad por la garganta. Luego recuperó su tono confidencial.

—Es que vengo de Oriente, su merced.

Betulia no le respondió. Pero él insistió:

—Sí, de Oriente. De los lados de Une, para ser más claro.

—¡Ah! —rezongó Betulia—.

—Y me manda el Coronel García para que hable con sus mercedes: la señorita Raquel y mi señora Rosario.

Los tiempos eran tan agitados y recelosos, que aún la lentitud mental de Betulia estaba afectada por la desconfianza.

—¿Cuál Coronel García? —preguntó sin mostrar interés.

—Pues si no estoy equivocado, el hermano de su merced. Me dio muy bien las señas de la tienda y las de la casa, por si acaso...

Ella mantuvo su indiferencia, que no era sino la incapacidad de manifestar sus sentimientos con ademanes bruscos o excesivos. Se quedó un rato en silencio, contemplando la embadurnada faz del carbonero y su cara abotagada demostraba indecisión y temor.

—Si su merced no me cree... —insinuó el hombre.

Betulia no contestó. Esperó aún algunos momentos antes de llamar al interior de la tienda.

—¡Matilde!

La muchacha apareció limpiándose las manos con un trapo.

—¿Su merced? —preguntó.

Betulia se decidió, de súbito.

—Váyase hasta la casa y dígale a Raquel que venga. Que trajeron carbón de Oriente.

Y volviéndose al hombre, ofreció:

—¿Quiere otro trago?

La huérfana echó a correr y en un minuto se precipitó en la cocina, donde las tres mujeres se hallaban reunidas, como de costumbre.

—¡Mi señora, mi señora, que si compran carbón de Oriente!

—¿De Oriente? ¿Y eso qué es? ¿Por qué esa gritería?

Entonces la huérfana bajó la voz para explicarse.

—Fue que vino un hombre a vender carbón y dijo que traía noticias.

—Pero cállate esa jeta. ¿No ves que lo van a oír todos? ¿Cómo dijo?

—Que venía de parte del Coronel García —susurró Matilde.

—Mamá, Feliciano no está en Santander sino en Oriente. Aquí, cerca —exclamó Raquel—. Y lo ascendieron. Ya es Coronel.

—Miren que las paredes tienen oídos —respondió la señora Rosario, turbada por la emoción.

Sin detenerse a nuevos comentarios, Raquel partió apresuradamente para la tienda.

—A ver el carbón... —dijo al llegar.

Miraba inquisitivamente al desconocido. Parecía buscar el fondo de su buena fe tras el betún y el tizne que le cubrían el semblante. ¿Y si fuera una trampa, una celada del Gobierno para averiguar sus intenciones?

—¿De dónde es ese carbón? —preguntó.

—¡Si supiera lo que me ha costado traerlo desde tan lejos! —respondió el hombre—. Si no fuera porque me mandaron...

Raquel guardaba un cauteloso silencio.

—Mi Coronel las manda a saludar...

—¿Trae alguna carta? —inquirió Raquel.

El carbonero metió la mano por entre los harapos que lo cubrían. Descosiendo un remiendo sacó un papel sucio y arrugado, que le entregó a Raquel. Febrilmente esta lo extendió y leyó:

“El portador va en mi nombre. Coronel Feliciano García”.

Era, indudablemente, la letra de su hermano. La miró con cuidado.

—¿Y no trae sino esto? ¿Por qué no escribió largo?

—¿Y si me hubieran matado las patrullas y me hubieran requisado, encontrando la carta?... Este papelito no compromete a nadie.

—¿Cómo se llama usted?

—Soy el sargento Rojas, a su orden. Jacinto Rojas.

Llegó un comprador. Raquel preguntó sin transición:

—¿No me da el carbón por los tres reales?

—Voy a dejárselo por tres y medio.

—Llévemelo, pues, hasta la casa.

—Con muchísimo gusto, señorita.

Echaron a andar. Raquel, dominante, apresurada, y el hombre agobiado bajo el peso de la carga. En la casa llevaron el combustible a la cocina y Raquel explicó la situación del carbonero, y la confianza que había despertado en ella. Entonces le dieron cauce a su ansiedad, y la señora Rosario preguntó por su hijo. Estaba bien, rebosante de salud y querido por su tropa, y Raquel inquirió la causa por la cual se encontrara tan cerca, al Oriente de Bogotá, en una serie de aldeas perdidas entre las montañas que descienden desde el altiplano hasta los Llanos.

El sargento no lo sabía. Pero conocía, en cambio, las aventuras de los batallones que se habían concentrado en aquella provincia. El primer grito de revolución fue lanzado por el General Urías Romero, un bravo campesino decorado por un valor y un ímpetu enteramente primitivos. En la breve guerra de 1895 se había alzado también sin armas ni equipos, y refugiado en las montañas había librado recios y desiguales combates. Residía en la población de Une, y cuando un general conservador ocupó aquella plaza, vigorosamente defendida por las guerrillas liberales, declaró que la captura de Romero era la única victoria efectiva y encaminó toda su diligencia hacia tal fin. Para inquirir en dónde se hallaba oculto, redujo a prisión a la anciana madre del rebelde y la sometió a crueles vejaciones, como un desafío personal hacia el insurgente. Tal argumento produjo en el corazón de Romero un odio y un rencor implacable y bajo la presión de tales sentimientos no vaciló en "pronunciarse" el mismo día que llegó la noticia de la revolución en Santander. Le acompañaba un grupo de campesinos prácticamente inermes, apenas equipados con instrumentos de labranza. Cuando le preguntaban por el armamento con el cual sostendría la guerra, respondía:

—Armas, las trae el enemigo.

Movíase con increíble celeridad por toda la provincia. Libró, en el primer momento, dos batallas absurdas, con su tropa de labriegos sin disciplina militar, contra batallones bien dotados y ejercitados, como eran las gentes del gobierno, y salió victorioso de ambas y con un buen botín ofensivo, como lo había anunciado. Muchos jóvenes de todas las posiciones sociales, que no habían alcanzado a salir de Bogotá, para incorporarse a los ejércitos de Santander y de otras provincias, tuvieron conocimiento de los movimientos del General Romero y de sus dotes militares, y partieron furtivamente hacia Chipaque y las aldeas del oriente de Bogotá para acrecentar las huestes del impávido guerrillero. El alto comando de la revolución, cuando tuvo conocimiento de la existencia de una tropa

improvisada en las mismas goteras de la capital, desconfió de la capacidad estratégica del valeroso campesino, impetuoso y feroz pero que carecía de las dotes exigidas por una empresa trascendental que debía estar enlazada a la organización de todo el país, y designó como jefe supremo de aquella milicia al General Juan Mac-Allister, quien asumió el mando y llevó consigo un Estado Mayor compuesto de oficiales veteranos y de figuración social y política. Urías Romero no se sintió humillado por esta determinación, que incorporaba sus huestes al ejército de la república, y aceptó con gusto su condición de subalterno, porque ella podría contribuir a la victoria final.

Con Feliciano había llegado un numeroso grupo de liberales decididos. Las breves hazañas del Capitán García en el 95 se habían exaltado con el tiempo transcurrido y no llegó al campamento como un desconocido, sino como un experto hombre de armas. Su grupo se incorporó entre la gente de Urías Romero. El gobierno había enviado tres batallones diferentes, que fueron destruidos y que, en acuerdo con el plan del jefe campesino, suministraron, con su derrota, armas y municiones. La victoria de los revolucionarios había sido hasta entonces leal a su coraje: ni un desastre, ni un movimiento equivocado, ni una retirada de las que se denominan estratégicas con eufemismo compasivo.

Los combates habían sido siempre desiguales. En Quetame, mil revolucionarios mal equipados y sin preparación militar, habían abatido a un aguerrido ejército de 2.000 conservadores. En Puebloviejo, cerca de Fosca, 500 liberales obtuvieron una caudalosa y fructífera victoria sobre 2.000 soldados del gobierno comandados por prestigiosos generales. Y así en Une, donde la desproporción fue de 1.200 liberales contra 3.000 conservadores; y en el Alto de los Reyes, y en el Puente de Cáqueza y en todas partes. En el lapso corrido desde el pronunciamiento del general Urías Romero hasta la presencia del sargento Rojas en la casa de las Garcías se habían verificado diez combates, y ni la más leve escaramuza había ofrecido resultados adversos a los liberales. En vano el gobierno enfilaba contra ellos a sus mejores caudillos, a sus más veteranos tácticos, a sus tropas mejor equipadas. El ejército de Oriente era invulnerable. Se había dividido en guerrillas que siempre estuvieron acompañadas por la fortuna y que actuaban en despliegues por todo el territorio de la provincia. Eran el coraje, y la fe, y el odio, y todas las pasiones que confluyen en la guerra los impulsos primarios que actuaban sobre aquellos hombres, que hasta la víspera de la revuelta no habían manejado otro instrumento metálico que los azadones con los cuales le arrancaban a la tierra el sustento.

El Capitán García, al lado de Urías Romero, tuvo inmediatas oportunidades para distinguirse. En Puebloviejo fue ascendido a Coronel y el título le fue ratificado por el propio General Mac-Allister cuando se enteró del arrojo con que se lanzaba a los asaltos. La tropa le seguía con devoción y con cariño, y ahí estaba el sargento Rojas, corriendo una aventura peligrosa para obedecer a su coronel.

El ejército estaba, sin embargo, desprovisto de abrigos y equipos. Ciertamente, los adversarios le llevaban armas y municiones, como lo predijo el General Romero. Pero los jefes necesitaban muchas cosas para

estimular a sus tropas. Necesitaban comunicarse con sus familias, recibir noticias directas sobre el curso de la revolución, ropa, víveres, objetos de uso personal para afianzar la sensación de que el ejército de Oriente no se movía solo, sino que formaba parte de un vasto engranaje nacional, conducido a la victoria de que ya eran preludio las formidables batallas libradas en Santander por los grandes caudillos liberales.

—Y mi Coronel les dijo —concluyó el sargento— que podrían contar con sus hermanas, es decir, con sus mercedes. Que la señorita Raquel era muy viva y muy valiente y que si hubiera sido hombre allá estaría peleando. Entonces fue cuando decidieron mandarme.

En efecto, la vigorosa vitalidad de Raquel se asfixiaba en la forzosa inacción a que se veía sometida desde cuando perdió el empleo por causa de la revolución. Apenas podía visitar alguna vez a sus amistades, pero esto no colmaba su capacidad de acción, porque era imposible realizar fiestas, organizar paseos o celebrar cualquier otra expansión recreativa. Desacostumbrada a la peculiar actividad doméstica de la señora Rosario, el aburrimiento la mantenía exasperada, por más que se esforzara por cooperar a las labores culinarias.

Había pensado en la posibilidad de prestar algún género de ayuda a la revolución. Pero su imaginación no encontraba un medio eficaz de hacerlo, sobre todo porque era imposible establecer cualquier clase de comunicación con los insurrectos.

Lo mismo que la mayor parte de cuantos se habían lanzado a la atrevida aventura militar, escasos de recursos y de armamentos, incluyendo a ciertos jefes y dirigentes, no estaba segura de las causas que inspiraban el levantamiento. Se hablaba de la serie de libertades y de la seguridad que se conseguirían con el triunfo de los rebeldes. Pero solo se expresaban conceptos imprecisos y nebulosos. Y sin embargo, lo mismo que millares de personas, Raquel experimentaba un ardor combativo que la incitaba a la lucha, a no permanecer indiferente ante el conflicto.

—Feliciano hizo bien en contar con nosotras —dijo—. Somos unas pobres mujeres solas, pero algo haremos mientras ellos luchan en los campamentos. ¿No es cierto, mamá?

La anciana evocó los sobresaltos que la habían acongojado mientras su marido se lanzó a la insurgencia de los años mozos y la dejó abandonada en la hacienda. Pero este recuerdo, en vez de reducir o su energía o restaurarle el temor de entonces, se convertía en una vehemencia nueva, por ese contagio invencible que había unificado a tanta gente en la revuelta. Ahora se trataba de socorrer a su hijo, convertido en uno de los jefes de la guerra.

—Mi coronel dijo —continuó Rojas— que cuando sea tiempo mandará mulas con baquianos para que puedan cargar por allá arriba con lo que sus mercedes puedan reunir para mandarles. Yo he venido estudiando el camino para pedir que me encarguen de esa comisión. Ahora voy a cumplir otras diligencias importantes. Debo llevar recados para que algunas personas vengan a hablar con sus mercedes, y si no me cogen o me reclutan, mañana al amanecer regresaré al campamento.

—¿Usted conocía a Bogotá? —preguntó Raquel.

—Yo estuve empleado en una tienda del mercado. Por allá conocí a mi coronel, cuando tenía un depósito de miel y de maíz. Pero entonces no parecía ser lo que vino a ser.

Pidió el saco del carbón y lo colocó bajo el brazo, cubriéndose de polvo negro.

—Es bueno andar con esto para despistar.

Aún respondió a otras preguntas, mientras devoraba el succulento almuerzo que le habían preparado.

—¿Escribimos? —inquirió Raquel.

—No, su merced. Yo informaré verbalmente de todo. Supongamos que me capturan: la carta de su merced sería fatal para la revolución.

—Entonces dígame a nuestro hermano y a todos que cuenten con nosotras; que sabemos cuánto han hecho; que sentimos la más viva admiración por el general Romero; que reuniremos lo que podamos y de alguna manera les haremos saber cuando sea tiempo. Todas estamos muy bien.

Osadamente, el mensajero se lanzó a la calle. Raquel quedó dichosa, porque había llegado la oportunidad de que pudiera poner en acción su caudalosa energía. El sargento llevaría noticias de distintos combatientes a sus familias y las instruiría para que se pusieran de acuerdo con las hermanas del coronel García. Ese hombre podría afianzar la obra que Raquel pretendía cumplir, porque sería la conexión y traía consigo la fe y la confianza.

Cumplida su misión, el sargento debió regresar a sus campos, porque no se volvió a saber nada de él. Pero en cambio, las García recibieron algunas visitas importantes. Madres, hermanas y esposas de soldados y oficiales que combatían en Oriente vinieron espontáneamente a ofrecer su cooperación para una empresa de vastas consecuencias. Raquel se erigió en el comando de aquel movimiento femenino. Ofreció la tienda como un excelente depósito, pues en el caso de alguna pesquisa, como no fueran armas, cualquier otra cosa podría parecer mercancía para ensanchar el establecimiento. La inicial intención de la ayuda, que palpitaba en todos los espíritus sin cristalizar en hechos, púsose a marchar con la presencia de aquel emisario, que les garantizó la eficacia de sus dádivas y la fortaleza moral que representaban para gentes que se estaban batiendo con denuedo y necesitaban saber que no estaban solas en su aventura.

Como no podían celebrarse reuniones numerosas sin despertar recelos y suspicacias entre los espías oficiales, Raquel asumió la función de enlace. Coordinaba los planes, distribuía las comisiones y los encargos, estimulaba las voluntades y no descansaba en la peligrosa empresa que se había propuesto. Su pupila despierta le indicaba, por detalles que podrían pasar inadvertidos, cuando estaba sujeta a la mirada felina de un policía de seguridad, o le seguían los pasos, o trataban de escuchar sus palabras. Entonces fingía despreocupación, candidez o torpeza y desafiaba la habilidad de los sabuesos.

Durante las primeras semanas de la guerra el gobierno se preocupaba mucho por las familias de los jefes revolucionarios. Sus agentes buscaban correspondencia, conexiones y documentos, procurando no solo limitar las

incorporaciones de voluntarios, sino, sobre todo, impedir todo género de comunicaciones con los campamentos donde se fortificaban los insurrectos. La casa de las Garcías, lo mismo que la tienda, habían sido invadidas más de una vez, pero los alguaciles se habían fatigado de su inútil pesquisa porque nunca encontraron nada sospechoso, y esta menor preocupación representaba una relativa probabilidad de que los proyectos de Raquel pudieran llevarse a cabo sin la inminente amenaza de la severa represión oficial y burlando el intenso espionaje que saturaba la ciudad.

No faltaron contrariedades y desasosiegos al cohesionar gentes dispersas y desconocidas. Antes de ofrecer o entregar contribución alguna, personas desconfiadas pretendían adquirir la certidumbre de que los objetos que dieran les llegarían a sus parientes, y se lanzaban en investigaciones que al ser descubiertas equivaldrían a una delación. Trataban de asegurarse de la manera como se harían los despachos y de la seguridad de los transportes. Raquel debía apelar a toda su elocuencia para explicarles cómo se debía empezar por reunir los elementos y auxilios que se pudieran conseguir, afirmando que en cuanto se justificara el envío de estos, se encontraría el medio de hacerlos llegar a su destino. Mientras tanto constituía una verdadera imprudencia exigir garantías imposibles de dar. Y poco a poco la acción se iba metodizando y algunas resistencias se debilitaban, lo cual implicaba una verdadera victoria.